



# Relatos Escolares

## Futboleros 2021

» ORGANIZAN «



» COLABORA «





# Presentación

## Para motivar la escritura

Con el objetivo de promover y motivar la escritura entre los y las jóvenes de entre 15 y 18 años de distintas regiones del país, el Campus Santiago de la Universidad de Valparaíso y la Agrupación Nacional de Escritores de Fútbol de Chile IHE, con la colaboración de Editorial UV, realizaron el «Primer Concurso de Relatos Escolares Futboleros» durante el primer semestre de 2021.

Las bases consideraron la presentación de un relato (cuento, crónica o testimonio) inspirado en la actividad del fútbol femenino o masculino.

El jurado estuvo integrado por Jovana Skarmeta (de Editorial UV) y por los escritores José Antonio Lizana y Roberto Guidotti.

Catalina Lagos Espina (Colegio Orden de San Jorge de San Bernardo), con el cuento «Suyai, sigue tu camino», obtuvo el primer lugar; Matías Escárte Prieto (Instituto Presidente Errázuriz, Las Condes), el segundo, con el texto «Un acuerdo imposible»; y Diego Anabalón Agüero (Colegio Coeducacional de Quilpué), el tercero, con el relato «Dentro del balón vive un monstruo».

En tanto, las menciones honrosas fueron para Abner Clavijo Olguín (Liceo Bicentenario Hermanos Sotomayor Baeza de Melipilla), por «A tan solo un penal»; María José Valenzuela Jofré (Lycée Jean D'Alembert, Viña del Mar), por «El fútbol, mi fiel compañero»; y Gastón Villarroel Godoy (Instituto Presidente Errázuriz, Las Condes), por «El Yeta».



Este documento reúne los textos de los y las ganadoras de este primer certamen, a quienes felicitamos por este logro, así como a sus profesores/as que les apoyaron. También agradecemos a quienes participaron, pero no fueron seleccionados en esta oportunidad, porque el hecho de animarse a escribir un texto original ya debería ser un motivo de orgullo.

En Campus Santiago de la UV esperamos seguir organizando este tipo de actividades, que fortalecen el vínculo entre la universidad y los establecimientos de educación escolar, de modo que muchos más jóvenes se entusiasmen con la escritura y se atrevan a crear mundos con sus propias palabras.

**Valeria Scapini Sánchez**

Directora

Campus Santiago

Universidad de Valparaíso



## Suyai, sigue tu camino

Catalina Lagos Espina

Fútbol. Un deporte del cual siempre vas a escuchar en algún lado, ya sean gritos eufóricos, quejas o quizás una simple charla amena. En mi corta vida he disfrutado viendo los partidos y se debe a que mi papá es un gran hincha; ver su emoción cuando salía su equipo me hizo fanática por igual.

Así empezó a gustarme el fútbol, pero cuando realmente se volvió mi pasión y sueño fue la primera vez que visité un estadio. El sentir la adrenalina a flor de piel cuando el equipo contrario se acercaba al arco, los ensordecedores gritos de la gente, escuchar cómo cantaban el himno nacional al unísono y con gran respeto. Y por sobre todas esas cosas, ver cómo la gente alababa a los jugadores.

Quería convertirme en una gran jugadora. Ese era mi sueño, sin embargo, existía un obstáculo, como todo en la vida... yo tenía una discapacidad física, pero podía mantenerme en pie gracias a una pierna ortopédica. ¿Era difícil? Bastante. Pero no me daría por vencida hasta estar en una cancha jugando contra un gran equipo.

Hace días le comenté a mi familia que quería participar en el campeonato de fútbol de mi colegio, me apoyaron sin dudarlo. Estaba muy feliz. Faltaban tres semanas para el campeonato, durante ese tiempo yo estaría practicando para mantener bien mi equilibrio al momento de correr y saber la postura correcta para poder patear el balón.



Las tres semanas ya habían pasado y ahora tenía que esperar que avisaran cuándo debíamos prepararnos para ir a jugar. Era un manojo de nervios, la emoción ya no me cabía en el cuerpo. ¡Por fin iba a poder sentir esa adrenalina en el partido!

Estaba en clases cuando se escucharon unos golpes en la puerta.

—¿Es de este curso Suyai? Ella va a jugar en el campeonato. — era una niña, y por lo que veía también iba a jugar.

—Sí, Suyai, puedes salir. Guarda tus cosas, que te vaya bien —dijo mi profesora. Le respondí con un «Gracias» y salí de la sala. Fui al baño a cambiarme, todo iba bien hasta que escuché una conversación entre dos niñas. Estaban hablando de mí.

—¿Cómo va a participar? Digo, ella no tiene una pierna... le falta realismo. Seguramente le llenaron la cabeza de cuentos.

—O sea, cómo vas a jugar siendo que te falta una pierna. El deporte se trata de patear y correr, es ridículo.

Toda su conversación se basó en hablar sobre mí de manera despectiva. No me conocían, ni yo a ellas, no tenían idea de todo lo que me esforcé. No podía detenerme; mi mamá me decía que no hiciera caso a comentarios negativos. Salí para no seguir escuchándolas.

Ya debíamos ir a posicionarnos. Seguía pensando. Quería demostrar que podía, pero aún así ellas me hicieron dudar. El sonido del silbato despejó cualquier pensamiento, ya estaba aquí y eso era lo que importaba.

Estábamos en medio del partido y no iba bien, el equipo contrario anotó unos goles. Por mi parte solo había logrado dar unos pases, de pronto el balón estuvo cerca de mí y no pude evitar querer anotar un gol. Corrí hasta el arco pateando el balón y cuando estaba cerca, sentí que alguien me pateó con



fuerza haciéndome caer. La pierna me dolía y cuando intentaba apoyarme en ella era peor.

El partido terminó y no pude seguir jugando. Mi equipo perdió, pero sentía que era una derrota hacia mi palabra; al final ellas tenían razón, personas como yo no estaban hechas para todo en la vida.

Estaba en casa, quería estar sola y llorar, pero mi papá tocó la puerta de mi pieza y luego entró.

—¿Cómo te sientes de tu pierna?

—Mejor

—¿Y de ánimo?

—Mal

—Hija, debes entender que a veces las cosas no salen como uno espera, y eso está bien, nos hace crecer como personas. El ser humano está hecho de derrotas que luego te llevan al éxito. No debes rendirte, así no eres tú. Eres de las que pelea por su objetivo.

—Papá, yo quería ganar. Quería demostrarles que no debían juzgar mi condición, que eso no me limitaba, pero tenían razón.

—Eso depende de ti. El camino a tu sueño recién comienza y eres tú quien decide si les das la razón o no. Tienes la vida entera para intentarlo y lograrlo, que nadie te detenga con simples palabras. Hazle honor a tu nombre, Suyai, recuerda que significa Esperanza.

Pasaron muchos años luego de esa conversación que quedó en mi memoria para siempre. Después de eso jamás me dejé caer, volví a intentarlo y lo logré. Mi sueño se cumplió, jugué y gané ante grandes equipos. Y hoy en día puedo ayudar a otras niñas a lograr su sueño.

—¿Por qué dejó su equipo? Después de todo era su sueño, ¿cierto? — preguntó una de mis alumnas.



—Claro, pero ese sueño ya lo cumplí y lo disfruté al máximo. Pero a medida que pasa el tiempo sueñas con cumplir otras cosas. Yo quiero ser el tipo de persona que fue mi papá.

—¿Y cómo era?

—Era de los que veía el potencial de cada uno. Una persona que daba esperanza. Y yo deseo ser esa persona que les dé esperanza a ustedes. A seguir su camino. Después de todo, la esperanza es lo último que se pierde ¿verdad?



## Un acuerdo imposible

Matías Escárte Prieto

—A ver, compadre, usted sabe lo que tiene que hacer, ustedes ya lo tenían todo acordado, estos gallos demás que ni saben de fútbol y demás que con dos palabras que le digas a tu amigo ese... ¿Cómo se llamaba? El Pedro, Pablo... ¿Contreras? Ah no, ese es el otro. Bueno, el que salió ayer en Chilevisión metiendo el tremendo gol ese, ¡qué golazo! Dos minutos para que termine el partido y de media cancha compadre, ¡media cancha! Les metió un gol a esos charrúas, tremendo cabro ese, niño prodigio se le debería llamar, veintidós años y ya anda en las ligas mayores. Demás que usted le dice al cabro que no le chutee tan fuerte, y listo, falla el penal, pierde el partido, y usted se lleva dos palos para el bolsillo. Perdóneme, don Martín, ¡pero le salió negocio redondo compadre!

—Don Augusto, ¿usted sabe para dónde nos dirigimos, verdad?, estos no son unos señores cualesquiera que se contentan con hacer trampa en un partido amistoso, o que hacen un grupo de WhatsApp para pasarse las respuestas de las pruebas del colegio. No señor, estos señores son tema serio, si me eligieron solo a mí para hacer este trato de forma directa y cerrada, y no lo hicieron de forma más general y con gente más profesional, es porque no quieren que se sepa nada del caso, yo voy porque soy el asesor de Nicolás Fuentes, y suerte que usted es mi socio de negocios, porque, de lo contrario, seguramente lo harían desaparecer de este país, le encañonarían, y hasta ahí llegó don Augusto Díaz.



—No le tire tanto ají al pebre, Martín González, que se terminará quemando. Usted se tiene que mojar el potito en este negocio, no le tenga miedo al éxito compadre, póngase modo tiburón señor, o se va a empezar a parecer a mi Josefa, ocho añitos que tiene, y ya cree que es valiente para ver cosas de miedo para adultos, pero ahí se va a llorar después porque le tiene miedo al «esesepe» ese, que cree que esas tonteras son reales, y no se puede dormir, puras fantasías nomás. Así lo veo a usted, señor, parece un cabro chico miedoso, asustado por no dar un paso adelante. ¿Y sabe don Martín? Si los mafiosos tan peligrosos estos de los que me habla llegan a darse cuenta de que usted tiene miedo, se lo van a comer vivo, señor, mínimo le terminan pagando dos pesos. No señor, usted tiene que tener la cabeza alta, mirarlos a los ojos y sacarles cada peso de su billetera, si quieren hacer trampa en la clasificatoria de la Copa Libertadores es porque tremendo negocio que tienen armado estos santiaguinos, y usted es la única forma de cerrarlo, así que vamos nomás, señor, total si no resulta, no resulta nomás, y perdemos los cinco palos que nos llevaríamos para el bolsillo, y nos vamos a la Caleta El Membrillo a comernos un congrio al horno, ahí con su pebrequito, rico ¿no?

—«Perdemos los cinco palos nomás» dice, bueno, vamos y terminemos con esto de una vez, que si no me reventará la cabeza. Aunque de todas formas el congrio estaría bueno.

Y así fueron camino a la reunión con los «mafiosos estos», don Martín estaba que se arrancaba las uñas de tanto comerse las por los nervios, y Díaz fumándose un pucho, dejando todo el auto de don Martín apestando a tabaco. Ya iban dos horas de viaje a Santiago y el olor de El Canelillo y de sus frías aguas había quedado en el olvido, y la peste de la contaminación, el encierro y



la suciedad de la capital ya había penetrado en los pulmones de los señores bien vestidos.

Llegaron a su destino. La pequeña choza era un lugar viejo, sucio y tenía una atmósfera sombría. Los dos caballeros ingresaron, González estaba que se quedaba sin dedo que morder, y Díaz reflejaba un aura de despreocupación y obstinación. Entraron al lugar y cuatro hombres corpulentos sombreaban a un elegante y arrogante hombre que los estaba esperando. A su lado, se encontraba el joven Nicolás Fuentes.

—Buenos días, señor González, y señor... Díaz ¿verdad?, los he estado esperando... por favor, siéntense, tenemos mucho de que conversar.

Dos horas pasaron y los caballeros salieron del lugar, González parecía aliviado al sacarse la carga de encima, y con lo que parecía ser un maletín lleno de dinero.

—Vio don Martín, se lo dije, ¡era solo decirle que le pegue más despacio y listo!



## Dentro del balón vive un monstruo

Diego Anabalón Agüero

Porque aquella victoria fue la primera vez en que no sentí la euforia habitual, ganamos por tres goles contra el colegio que nos tocaba en aquella actividad. Habíamos dominado el balón, funcionado como uno solo al esquivar al resto de estudiantes. Ahí sí que sentía mi sangre correr junto a mis piernas, los músculos agarrotados luego de más de una hora de juego. Durante todos esos segundos notaba la sonrisa que se plasmaba en mis labios, donde no había nadie con quien tuviera que compararme, ya que todos éramos un equipo. Ahí siempre estuve seguro.

Pero mientras los demás corrían hacia sus familias luego de haber celebrado, ahí me esperaba ella. Una mujer de ondulado cabello castaño, cosa que heredé para mi desgracia. Podía reconocer las emociones detrás de su mirada; frío odio. Porque ella era imposible de leer de otra forma, el pequeño cambio en el brillo de sus ojos delataba su verdadero estado, conmigo casi siempre el mismo.

Para mi sorpresa, me permitió estar más tiempo en el campo, conversando con los amigos que por primera vez había tenido. Cuando ya no quedaba nadie fue que me llevó de vuelta al auto; un viejo vehículo del cual recordaba más llanto que simples risas. Antes de subirme pude notar una bolsa detrás del asiento, algo que cuando vinimos no estaba ahí. Me senté junto a ella, abrazando la mochila donde guardaba el uniforme.



El viaje a casa sería largo, y se hacía peor con cada segundo que debía permanecer al lado de aquella persona, cuyos ojos parecían ensartar cada cosa que simplemente existía delante suyo.

—El profesor me dijo que Renato no llegó al campo, que se sentía mal y había vuelto a casa. —su comentario había surgido sin aviso previo.

Un escalofrío recorrió mi espalda; nació no solo de sus palabras, sino también del olor de la parte trasera del coche, el potente aroma a orina penetraba mi nariz, aunque había algo más; metálico, de una escena que olvidé un poco, pero cuya arcada no pude evitar al recordar.

—¿Cuántos goles metiste hoy en el partido? —cuestionó, mientras buscaba algo en la cartera que descansaba detrás.

—Tres, y fuimos todo el equipo.

Y la sonrisa en sus labios dejaba ver dientes perfectos, con una risilla de plenitud al oírme hablar.

—No finjas, Héctor —interrumpió. El veneno en su voz ardía igual que siempre. —Tu hermano hubiese marcado más, pero eres un egoísta.

Hipócrita de su parte, aunque ya era habitual. Pero no estaba en situación como para decírselo, ella sabía siempre como manejarlo todo.

—Me parece coincidencia que hayas usado justamente tres balas también, ¿qué tan planeado lo tenías?

—¿De qué estás hablando? —pregunté confundido, con el ceño fruncido entre el temor y duda.

Mis manos se aferraban temblorosas a la puerta del vehículo. No sabía qué decirle, mucho menos pensar con el asfixiante ambiente que el aire acondicionado era incapaz de aliviar.



El peso contra mi sien y el martillo del revólver revelaban aquella arma que siempre ocultó de nosotros. El tambor giró a la siguiente bala. Viendo por el espejo notaba como un dedo enguantado descansaba en el gatillo. Durante la tarde el viejo camino permanecía desolado, para mi desgracia.

—No fue inteligente de tu parte el ocultarlo en la vieja cancha de tierra, tú también tenías esta misma mirada cuando oías de ese lugar —el cañón no dejó mi cabeza—. Bueno, nunca has sido inteligente, ni guantes usaste.

No podía decir nada, pero seguimos hasta llegar a la solitaria casa en mitad del cerro, donde me llevaba amenazado hasta el interior del viejo lugar que jamás pude llamar hogar. Caminó a la cocina, sacó un cuchillo, jamás alejó el revólver de mi dirección. Moverme no era una opción, mucho menos con el corazón latiendo más fuerte que en cualquier juego que hubiese experimentado en mi vida.

Siempre había sido correr para ganar o hacer ganar a mis amigos. Era el momento donde más vivo me sentía. Ahora nada de aquel entrenamiento me iba a servir frente a la mirada impenetrable de aquella mujer, incluso las mirillas del arma parecían más benévolas.

Se detuvo delante de mí con el cuchillo de cocina que tantas veces había tenido que usar para prepararme el almuerzo en los días en que ella acompañaba a Roberto, mientras me abandonaba en este lugar.

—¿Por qué haces esto?

—Porque tú ya me mataste, Héctor —respondió, mientras notaba la rabia que nunca mostró de verdad, no en su tono, pero sí en sus ojos—. Cuando naciste fue la primera. Tu hermano me devolvió a la vida, pero tú tuviste que arrebatármela de nuevo.



—Eres un monstruo.

—Lo soy, me crié entre ellos, por eso sé que fuiste idiota en todo esto. Y por lo tanto, tú no eres mejor que yo; de gente podrida solo nace más podredumbre.

Podrido como Renato en aquella bolsa.

El cuchillo cortó su carne como su madre había cortado su vida. Las huellas del chico en el revólver, las de su madre en el cuchillo. Tres disparos hiriéndola y el resto en el cadáver del hijo menor de la familia.

Como al preguntar por un partido que no se vio: ¿quién ganó?



## A tan solo un penal

Abner Clavijo Olguín

Es casi como un sueño, pero estoy aquí, en la final del mundial; y ya parece un chiste, nos enfrentamos a Argentina. Antes todo fue desde la pantalla, todo fue desde lejos; como aquel día, frente al televisor viendo la final de la copa América en la que Chile ganó en penales. Y aquí estamos, a tan solo un penal de que la copa sea nuestra, y esta vez es mi turno, me encuentro nervioso, no sé si lo lograré.

Respiro, estoy nervioso, todo se silencia, pero comienzo a recordar cómo fue que llegué hasta aquí.

Tenía cinco años cuando vi la final de la copa América en la que jugaba Chile vs. Argentina, aún recuerdo lo maravillado que estaba, por un segundo me vi pegándole a ese balón en ese último penal. Ese día celebré con mi familia el triunfo de Chile y quise ser yo quien transmitiese esa alegría, pero no solo a mi familia, sino también a toda la gente que ama el fútbol. Ese día lo soñé, fue un deseo fuerte y claro: ser futbolista. Pero ¿cómo yo? alguien con una infección intestinal intrahospitalaria contraída al nacer y que me dejó en rehabilitación intestinal dependiendo de dos máquinas para alimentarme, un catéter y una gran deuda que mis padres se han esforzado por pagar.

Ese día le pedí a mi hermano que me enseñara a jugar fútbol, con mucho temor él accedió a mi petición; y así pasaron los años y fui mejorando, haciendo lo que amo y conviviendo con mi enfermedad. Ya a los once jugaba fútbol en el colegio con mis



compañeros, pero era raro, porque cuando jugaba con ellos casi ni me tocaban y cuando yo tenía el balón ellos hacían el mayor esfuerzo para no tocarme. Un día vi a mis compañeros jugando de una forma distinta a la que jugaban conmigo, eran más bruscos, y entonces me fijé que ellos no jugaban de esa forma conmigo, por mi condición. Al día siguiente, les rogué que no me trataran de forma especial, que yo era igual que ellos, que no se contuvieran. Ellos aceptaron. Todo iba bien, el partido estaba por terminar, me sentí tratado como un igual; fue un gran partido hasta que me llegó un pelotazo en el estómago, quitándome bruscamente la sonda gástrica. Del colegio llamaron a mis padres que llegaron rápidamente, me pusieron la sonda y me llevaron a casa.

Al otro día me junté nuevamente con mis compañeros para chutear, sin embargo, se negaron a jugar conmigo. Volví a casa y me encerré en mi pieza, lloré de rabia e impotencia, preguntándome ¿por qué?, ¿por qué no podía ser igual a los demás? Mi hermano entró a mi pieza y me preguntó qué era lo que ocurría, entre lágrimas le conté todo, él solo me respondió con una sonrisa tierna y un abrazo, luego me dijo:

—¿Qué importa? Ellos son los que se pierden a un buen jugador

Con lágrimas en los ojos le agradecí, y me propuse mejorar, ser cuidadoso y volverme tan bueno que los demás no me tuvieran cuidado por mi enfermedad sino porque fuese un excelente jugador. Aunque desde aquel día mis compañeros no volvieron a jugar conmigo, no me desmotivé, sino que tuve la fuerza para entrenar y mejorar aun más.

Y así pasaron dos años, un día llega mi hermano y me dice que un equipo llamado Los Lobos está buscando gente, me



pregunta si quería ir a probar, era una locura, era obvio que por mi condición no me iban a aceptar; ahí él me recordó que de vez en cuando podía sacarme la máquina, pero que no se lo diríamos a nuestros papás, que él podía a ayudarme a esconderlo, entonces fui, me probé y me aceptaron; estaba tan feliz. Al tiempo de entrenar llegó el primer partido, todo iba bien, hasta que en el segundo tiempo me desmayé.

Después de eso no recuerdo mucho, solo sé que me había descompensado por la falta de la máquina, que me habían echado del equipo y que mis padres estaban enfadados y asustados. Mi hermano estaba a mi lado, me abrazó y en silencio comenzamos a llorar.

Pasados unos meses mi papá llega con una noticia, dice que hay una hormona, que tal vez pueda hacer que deje esta máquina, y que yo soy el primero en la lista para la prueba, sin embargo, el tratamiento podría tardar hasta tres años. A pesar del tiempo, acepto; y así pasaron los tres años hasta que logré dejar las máquinas, después de eso, todo fue mejor. Volví a inscribirme en Los Lobos y estuve ahí por cuatro años hasta que un cazatalentos me encontró y me ofreció unirme a un equipo profesional, no lo podía creer, claramente dije que sí. Jugué cuatro años más, destacué como un gran delantero y me llegó la tan anhelada invitación; había sido elegido para jugar en el mundial; no lo podía creer, ese día celebré con mi familia y aquí estoy, a punto de dar la patada decisiva al balón.

Respiro hondo, me relajo y me digo a mí mismo:

—Tú podí, hazlo para cerrar la boca de los que algún día dijeron que no se podía, por aquellos que creen que por una enfermedad tienen las alas cortadas, por mi hermano, por mi familia, por mí.



Suena el silbato y se escucha que el locutor del partido dice:  
Y Abdón se prepara, le pega y ¡GOOOOL!



# El yeta

Gastón Villarroel Godoy

Mi familia me obligaba a ir a ver a Curicó Unido, hasta que descubrieron que era yeta.

A mí no me gusta el fútbol, y quizá fue lo mejor que me pudo haber pasado ser yeta. Siempre que me llevaban al estadio del Curi, perdía de forma estrepitosamente humillante.

Mientras nos comíamos otro gol, mi padre refunfuñó algo en voz baja que sonó como: «Pa mí que el Gastón es yeta». Mi hermano mayor le puso una cara de terror contenida y lo retó disimuladamente: «Papá, ¿cómo se te ocurre acusar a un hijo de algo así y aquí? Lo pueden matar».

—Tenés razón, perdón, asumió humillado mi padre por su exabrupto. Pero mi hermano del medio, siempre tan ingeniero, sepultó la calma:

—En todo caso, lo avala la matemática. Diez partidos que hemos traído a Gastón y los diez perdidos. Mi madre, que hasta ese momento permanecía en silencio, estalló en llanto.

Al momento de decir eso, mi familia se descompensó, y comenzaron a retarme. Yo no podía entender qué les pasaba, y lo peor aún, es que me dejaron de llevar, y el Curi seguía perdiendo, de una forma igual de humillante. Incluso el rumor de que yo era yeta se esparció por todo Curicó, y desde ahí en adelante me empezaron a llamar «El Yeta». Lo único bueno es que, desde ese descubrimiento, no pensaron más en llevarme al estadio.



A mí no me podía importar menos que me vieran así, ya que parece que soy la única persona en todo Curicó a quien no le importa el fútbol. A raíz de eso, la gente de la ciudad me empezó a hacer el quite. No me invitaban a las fiestas y mis amigos me molestaban por esa estúpida superstición.

Cuando comenzó este trato hacia mí, decidí volverme el mayor enemigo de Curicó.

Empecé a ir a Talca.

«Talca, París y Londres». Esa es la frase innombrable dentro del mapa de Curicó. Si alguien decía eso, especialmente en el clásico del torneo entre estos dos equipos, en la barra de Curicó podían incluso llegar a matarlo. No por nada fueron la primera barra brava de tercera división.

En mis viajes a Talca conocí a la hinchada de Rangers, sorpresivamente el tío que vende los sánquches de potito dentro del estadio me reconoció.

—Oye, ¿vos no soi el yeta que hace que los malos del Curi pierdan, aunque jueguen solos?

—Eso dicen, le respondí

El señor sacó su celular y se tomó una selfie conmigo y me obligó a comerme un sánquche de potito, algo que pensé que nunca haría en mi vida. Pero se lo debía a mi público.

Después de saber que era un ídolo en Talca, me llevó a conocer al equipo y al DT. Me sentí como Harry Potter cuando llega a Hogwarts, pasé de la indiferencia a la fama. Después de eso conocí a un tipo amable fuera del estadio, le decían el Tacho, y por lo que dijeron era el yeta de Rangers, y era más yeta que yo.

Me invitaron a comer, y en la noche, cuando me iba a devolver para Curicó, me noquearon. Al cabo de unas horas me desperté, atado a una cama.



—¿Vos sabí por qué estai acá poh o no? Porque mañana está el clásico del torneo, y tú vas a ir al estadio sí o sí, para que gane Rangers, —dijo el Tacho

—Pero no me gusta el fútbol, y no creo en supersticiones.

—A mí me gusta el futbol y no me dejan verlo en el estadio por yeta, así que no te quejís. Y no son supersticiones, son verdades.

Después de eso, me dejaron atado a la cama, y al día siguiente me llevaron a Curicó a ver el partido. El estadio estaba lleno, incluso la barra del Curi ya estaba instalada en el cerro con vista a la cancha. Me disfrazaron y me pagaron la entrada, y estuve en la barra de Rangers como infiltrado.

De todos los pésimos partidos que había visto en toda mi vida, este por lejos, era el peor.

Los jugadores no le pegaban a la pelota, hubo un autogol por cada equipo, tres expulsiones, y dos lesiones por cada lado. Fueron a penales, porque era la final del torneo, que siguieron igual de sufridos para las barras, e igual de fomes para mí. En el último penal, el jugador estrella del Curi le pega al palo y al momento que el arquero de Rangers toma el balón, se le cae dentro del arco, mostrando los cierres de partidos más nefastos nunca contados. Nadie podía explicar lo que pasó.

Después del partido se disculpó conmigo la barra de Rangers, y mi familia descubrió que asistí al estadio, quitándome mi etiqueta de yeta. Cuando ya me iba para mi casa, afuera del estadio me encontré con el Tacho:

—Pésimo el partido, nunca pensé que iba a ver unos penales tan malos en mi vida. —Me desahogué.

—Lo mismo pensé, vomitó el Tacho, al tiempo que me miró con unos ojos abiertos por un golpe de adrenalina.



Sentí algo raro y cuando lo iba a analizar con detención, la salida de los jugadores de Rangers y su DT, salpicados de maldiciones en chileno, me distrajo.

—Era, ya pasó



## El fútbol, mi fiel compañero

María José Valenzuela

Un día de verano, un niño llamado Simón, que adoraba jugar fútbol, estaba en su taller de verano junto con todos sus compañeros y amigos, niños y niñas. A todos estos alegres niños les fascinaba jugar fútbol, algunos soñaban con algún día ser jugadores profesionales como Alexis Sánchez o como la arquera Christiane Endler. Sin embargo, este pequeño de 8 años tenía una relación especial con este deporte. Para él no era solo un deporte, era su pasión. La emoción que le producía, la alegría que sentía era inigualable, nada ni nadie podía quitarle esa bella sensación.

A los 5 años, los padres de Simón se dieron cuenta del placer que sentía el niño al patear las cosas. Desde muy pequeño Simón era muy inquieto, subía y bajaba las escaleras de la casa corriendo, saltaba en los sillones y en la cama, y cada vez que veía una pelota se emocionaba por jugar con ella y con alguien más. Lo que más adoraba a esa edad era patear la pelota. Esta actitud la demostró por primera vez en el taller de tenis de su colegio, cuando comenzó a patear los conos que marcaban un circuito. Desde entonces, su pasión por el fútbol nunca se acabó.

Además, este deporte en la historia de nuestro país siempre ha sido un hito importante. Las personas, las familias, los amigos se juntan a ver los partidos de la selección como algo totalmente imperdible. De hecho, podríamos considerar estas reuniones sociales mediadas por el fútbol como un rito nacional que une a un grupo de personas a lo largo de todo el país. A la gente de



todas las clases sociales, no importan las diferencias en esos momentos, a todos les gusta el fútbol y todos son chilenos. Esto sentía Simón y le encantaba ver a su familia unida por una causa. Era tradición en su familia que los días que la selección chilena jugaba, toda la familia: tíos y tías, primos y primas, se reunían en la casa de los abuelos y veían juntos los partidos. Cuando Chile metía un gol, la casa se estremecía por lo fuerte que era el grito de celebración.

—¡GOOOL!

Además de que Simón adoraba ver fútbol, cómo los jugadores se daban los pases, observar las técnicas, disfrutaba plenamente la reunión con su familia. Simón creció acompañado de este deporte. Como todo niño apasionado por el fútbol, su sueño siempre fue ser un futbolista profesional, y nadie podía quitarle eso de la cabeza. Él provenía de una familia de padres médicos que, siendo realistas, no veían un futuro estable para su hijo en el difícil mundo de los futbolistas. A pesar de ese razonamiento de sus padres, ellos nunca interfirieron en su deseo y siempre lo apoyaron.

Cuando Simón tenía diecisiete años, a pesar de que su sueño era ser futbolista, tenía que pensar en su futuro a largo plazo. Las posibles lesiones, lo difícil que es llegar a ser profesional y la inestabilidad económica que genera dedicarse a un deporte. Una tarde, después de una charla en su colegio sobre el futuro, se dio cuenta de que debía pensar en qué estudiar, a qué se iba a dedicar por el resto de su vida. El fútbol ya no era una opción, pero era difícil para él aceptarlo.

Había pensado en ser profesor de Educación Física para poder enseñar, pero no estaba totalmente convencido. En realidad, no sabía muy bien lo que le gustaba, nunca se interesó mucho



por el colegio, sólo pensaba en fútbol. No obstante, comenzó a preocuparse por sus estudios y a averiguar qué cosa le podía gustar. Sin darse cuenta, comenzó a escribir su historia, a escribir su pasión por el fútbol, la emoción que le producía ver los partidos junto a su familia, y descubrió que la escritura era otra cosa que le gustaba mucho hacer, algo a lo que se podría dedicar toda su vida.

Después de unos años, Simón había estudiado Literatura y se había dedicado a escribir. Consiguió un trabajo escribiendo la columna de deportes para un diario, lo que le permitió mantener su pasión por el fútbol escribiendo sobre ello y jugando un partido domingo por medio con sus amigos. Fue así, feliz con su vida, cuando decidió escribir un libro de su historia: *El fútbol, mi fiel compañero*. Relató su vida desde muy pequeño, mostró que los sueños no siempre se hacen realidad como uno quisiera, pero que siempre hay que ver lo positivo de la vida. Y que las actividades que se realizan por placer son igual de importantes que el trabajo, puesto que son una pasión.





▶▶ ORGANIZAN ◀◀



▶▶ COLABORA ◀◀

